



DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA
BAJO LA ADVOCACIÓN DE LA 'VIRGEN BLANCA'
PATRONA DE LA CIUDAD DE VITORIA-GASTEIZ

Homilía del Nuncio Pontificio en España,
Excmo y Rvdmo. Mons. Bernardito Auza
en la Misa Pontifical, 5 de agosto de 2024

Excelencia Reverendísima, Señor Obispo de Vitoria,
Sacerdotes concelebrantes,
Excelentísimas autoridades,
Hermanos y hermanas en Cristo,

En las horas que llevo entre vosotros ha llegado a mi corazón el cariño que profesáis a la Virgen Blanca. Me alegra haber aceptado la invitación del Sr. Obispo, que es para un Representante del Santo Padre en España, una grata ocasión para conocer esta porción del Pueblo de Dios que peregrina en la Diócesis de Vitoria y pasar momentos de profunda comunión en la misma fe, misma esperanza y mismo amor en Cristo Nuestro Señor.

En esta invitación a presidir esta Santa Misa en la fiesta de la Virgen Blanca, como ya he manifestado, aprecio los sentimientos de filial afecto de todos los fieles de la Diócesis al Santo Padre y de la Ciudad de Vitoria. Celebrando en esta Iglesia de San Miguel, Santuario de Santa María, cuya dedicación también celebramos, agradecemos al Señor, que nos ha llamado a formar parte de su pueblo, de su Cuerpo que es la Iglesia.

María representa mucho para todo el pueblo de Dios, y particularmente, con el título entrañable de 'la Virgen Blanca', para todos los vitorianos. Cuántos devotos hijos de esta ciudad, por generaciones y siglos, han venido a la Santa Madre de Dios para tributarle el honor debido como cristianos a la que es Reina y Madre nuestra, para manifestarle el cariño de un hijo, para traerle la tribulación del corazón en las penas, para pedirle confiadamente su socorro sabedores de su poder suplicante, para agradecerle las gracias espirituales y corporales que su poderosa intercesión obtiene siempre de su divino Hijo Jesucristo. Sí, verdaderamente, la Virgen Blanca es referencia de la fe del pueblo de Dios que peregrina en Vitoria.

La imagen de la Virgen Blanca cautiva y es, sencillamente, esplendorosa. La grandeza del amor y la misericordia de la Madre de Dios se transmiten en la soberanía de su mirada, llena de majestad. Ciertamente que, "Ella es la vara de Jesé de la descendencia de David, que ha florecido en Jesucristo, el Rey y Señor" (Prefacio 1 Adviento, Misal del Virgen María). Cumpliendo sus promesas, Dios se hizo presente por Ella entre nosotros manifestándonos su amor.

Es su infinito amor el que hizo a Dios asumir los límites de una carne como la nuestra. Es su amor el que le movió a entregar la vida en la Cruz. Es su amor el que nos da la vida, y esto, hasta hacerse en esta celebración eucarística nuestro alimento. Por su amor.

Y es el amor también, en obediencia de fe, el que movió a Abrahán a ofrecer a Dios a su hijo Isaac; es un amor mayor, en obediencia de fe, el que María aceptara ser la Madre de Dios uniéndose al destino doloroso del Hijo que Ella misma ofrece por nuestro bien, aceptando la voluntad del Padre. Es el amor lo que la dio a Ella la fuerza de una disponibilidad plena. Y es el amor también el que nosotros recogemos aquí ahora al festejarla en esta fiesta. En esto consiste propiamente nuestra presencia aquí, en realizar un acto de amor, y no sólo en este momento, sino en todos los momentos de nuestra vida, acogiendo el amor de Dios y correspondiéndole con la coherencia de vida.

El amor de Dios es el que le movió a comunicar a Zacarías, el profeta, cuando dice: "Alégrate y goza, Sion, pues voy a habitar en medio de ti.

Aquel día se asociarán al Señor pueblos sin número; ellos serán mi pueblo, y habitaré en medio de ti". Estas palabras se cumplen plenamente en María, por el misterio de la encarnación, y en su medida, también en cada uno de nosotros, ya que Dios, por su gracia, mora en nosotros como en su templo.

Bien sabía su Hijo, conmovido al recibir las alabanzas de la mujer que, entre el gentío, alabó a su Madre –así hemos oído en el Evangelio– que Ella, su Madre, era todavía más digna de alabanza por la grandeza y la Majestad de su alma: "Pero, Jesús repuso: "¡mejor! Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen". San Agustín lo expresó así para ilustrarnos el sentido de las palabras de Jesús: "Es más importante su condición de discípula de Cristo que de Madre de Cristo. Como Madre, María llevó en su seno el cuerpo de Cristo, pero como discípula, guardó en su mente la Verdad de Cristo". Como Madre y como discípula perfecta, María la Virgen Blanca es "la fuente perpetuamente manante del amor", modelo de todos los cristianos, a quienes el bautismo ha consagrado a Dios por su incorporación a Cristo.

El deseo de Dios es formar con los hombres un misterio de comunión y lo va a realizar por el misterio de la encarnación de su Hijo. En la encarnación, la voluntad virginal de María, que engendró al Verbo en su mente antes que en su seno, ocupa un lugar singular y único.

Qué misterio tan grande. Dios iluminó siempre con su luz increada su mente y buscó, podemos decirlo así, la ternura y el cariño del Corazón de María que se sintió siempre atraída hacia Dios, que veía las cosas desde la verdad de Dios y en relación con Dios, que aborrecía lo que Dios aborrecía y amaba lo que Dios amaba, eligiendo a Dios y su voluntad por encima de cualquier otra cosa. Por eso Dios se dejó conmover por el amor, la obediencia y la humildad de María. Estas virtudes de María hirieron el corazón de Dios, que se derramó sobre Ella. Ella solo quiso que en todo y sobre todo, se hiciese sólo la voluntad de Dios. El que así ama, todo lo alcanza de Dios, porque "Dios no sabe defenderse del corazón que ama, porque no quiere" (San Juan de Ávila). Con qué razón la invocamos ¡¡¡Virgen Blanca!!!

Por eso, si el amor que moraba en su Inmaculado Corazón atrajo la mirada de Dios, ¿cómo no va a atraer la nuestra? Ella es toda digna de ser amada y

de estar escrita en nuestro corazón. Ella es la más cercana a Dios en la bondad y en la misericordia. El amor a la Virgen es capaz de purificar nuestro corazón totalmente y dirigirlo directamente a Dios. Quien ama a María se consuela en las tribulaciones, adquiere fuerzas para entregarse haciendo el bien, y, sobre todo, va aumentando en pureza, en caridad y misericordia, en compasión, en obediencia. Quien la halla, encuentra un tesoro inestimable y una ayuda que jamás falta.

El amor a Ella nos hace más coherentes. Dios quiere nuestro "sí", y ese "sí" ya lo ha dado María. La vida cristiana tiene el gozo secreto de participar de ese "sí". Deja que María vuelva a decir "sí" a Jesús desde tu corazón. Ofreced con Ella vuestros corazones.

Que vuestro corazón, oyendo los ecos del Corazón de María, se anime a la generosidad para volver a traer al Verbo a este mundo, a esta sociedad de Vitoria. Hay que abandonar el miedo, la tibieza, esa preocupación sobre los que no creen nos desprecian, la comodidad derrotista del que piensa que ya no tiene nada que hacer... ¡No! Todos podemos desear con un deseo efectivo y convincente: ¡Quiero al Señor! y no 'me gustaría querer al Señor'; quiero a la Virgen Blanca, y no 'me gustaría querer a la Virgen Blanca'. ¿Acaso uno dijera, 'me gustaría querer' a mi madre, y no 'quiero a mi madre'?

Contad con María. Acudid a Ella. Veréis florecer vuestras vidas. Sabe una madre prodigar los cuidados que los hijos necesitan y ofrecer la palabra en el gesto. No nos cuesta imaginar la mirada simultánea de la Madre y del Hijo, entre Jesús y María. La mirada mutua y la sonrisa de la Virgen Blanca y de su divino Hijo, en complicidad, para buscar la salvación de los hombres, nos ayuda a comprender que la alegría del don va unida a la cruz, por cuyo misterio nuestra vida, entregada a su llamada, nos hace ser cada día más fecundos en el servicio.

Somos limitados, es nuestra humana condición, pero por María estamos plenamente convencidos de que Dios habita en medio de nosotros con ternura, que nos atrae con vínculos de amor, que Él se queda entre nosotros y nos llama para que acertemos a escoger el camino del cielo para habitar eternamente con Él. Dios ha hecho de la Iglesia su morada, su Casa, para que nosotros le encontremos. María, a la puerta y al interior de

la Iglesia principal de Vitoria en estos días, nos recuerda este mensaje que regenera nuestra vida personal y nos compromete de buena voluntad entre nosotros por hacer una sociedad más digna del hombre y que glorifique a Dios.

Que el Señor, por su Madre, la Virgen Blanca, bendiga a Vitoria, y a sus habitantes. Feliz y entrañable fiesta. Que así sea..